

todo tiempo y en todas partes, pero siempre se ven más que compensados por subsecuentes progresos y victorias en otros sitios. Desde los comienzos del moderno Socialismo hasta el presente, no ha trascurrido un sólo año sin mostrar en el movimiento un crecimiento substancial y sólido.

Si del record de firmes progresos Socialistas volvemos a las palpables quejas de la mayoría de los ministros de la biblia, lamentándose de que las iglesias se encuentran desiertas, y observamos sus violentos e inútiles esfuerzos para volver al redil a las descarriadas ovejas, podremos encontrar nueva y útil materia para reflexionar, no sólo sobre la actitud del Socialismo hacia la Iglesia, sino también sobre la de la Iglesia para el Socialismo y para todos los vitales problemas y movimientos sociales que agitan las mentes de hombres y mujeres de la generación presente.

CAPITULO VIII.

SUMARIO Y CONCLUSIONES.

Por John A. Ryan. D. D.

Antes de compendiar las principales cuestiones del debate y de exponer las conclusiones que en mi concepto han quedado establecidas, deseo llamar la atención hacia algunas gratas características de la discusión que están, en apariencia, más allá de la controversia.

En primer lugar, Mr. Hillquit y yo hemos tenido éxito en demostrar que es posible para los hombres diferir de polo a polo en sus opiniones, y aún poder conducir una prolongada discusión, con fineza y sin resquemores, e inusitadamente concluirla con propio y mutuo respeto.

En segundo lugar, hemos estado de acuerdo en todos los puntos sustanciales concernientes a la significación y a las doctrinas del Socialismo. Tan sólo aquellos lectores que tengan algunos conocimientos de la controversia ordinaria sobre esta materia, pueden darse cuenta de la tremenda importancia y ventajas de este acuerdo. Esto nos ha capacitado para confinar la discusión a posiciones y principios en vez de discutir sobre definiciones. Esto, correspondientemente, ha hecho satisfactoria la discusión para el lector.

En tercer lugar, hemos discutido formal y deliberadamente todas las fases importantes del Socialismo. Lo hemos considerado no simplemente como un proyecto de

reconstrucción político-económica, sino también como un movimiento viviente, y como un sistema de principios fundamentales. El movimiento ha sido expuesto en sus relaciones con muchos otros aspectos de la vida y del pensamiento, además de la esfera económica. Han sido establecidos los principios abarcando una filosofía de la historia, de la sociedad, de la vida, del universo. Debido a esta discusión fundamental y comprensiva, el lector inteligente ha adquirido alguna idea de los principales aspectos del Socialismo, y alguna explicación sobre el concepto que de él tienen muchos de sus partidarios. El Socialismo trata de darles una teoría completa de la vida y de la realidad.

En vista de este pleno tratamiento de la materia, ¿no podremos factiblemente esperar que en el futuro se exprese menos frecuentemente la trivial y tonta aserción de que el Socialismo es simplemente un programa económico?

LA "REQUISITORIA" SOCIALISTA CONTRA EL SISTEMA ACTUAL.

En su refutación al cargo de que su descripción de los males existentes era burdamente exagerada, mi opositor arguyó simplemente que las reformas propuestas por mí eran insuficientes. Pues que, según su tesis, dejarían al capitalista en posesión de utilidades e intereses que sólo el Socialismo podría abolir. En mi respuesta a su refutación, hice notar que, considerar al Socialismo como la meta necesaria, practicable y definitiva del progreso industrial, era buscar apoyo, no en los hechos, sino en la fé.

Permítaseme aprovechar esta oportunidad para ex-

poner que deploro los actuales y removibles males de nuestro sistema industrial, tan enérgicamente como Mr. Hillquit. Creo que dentro de dos generaciones los hombres volverán la vista atrás y considerarán la avaricia, el materialismo, la opresión al trabajo, y los odiosos contrastes entre la opulencia y la miseria que caracterizan a nuestro tiempo, como esencialmente bárbaros. No estoy yo enamorado de lo que ha dado en llamarse *Tipo Capitalista*. Su actitud hacia sus semejantes, la concepción de sus funciones en la sociedad, y la general apreciación de la vida prevaleciente entre gran número de nuestros potentados, constituyen uno de los más repulsivos casos de psicología humana que han aparecido en las clases selectas de todas las civilizaciones.

Ciertos magnates de la industria parecen pensar que, porque la Iglesia Católica se opone al Socialismo, ha extendido una irrestringida bendición sobre el moderno Capitalismo. Les complacerá que funcionara como la policía moral de la plutocracia. Olvidan que el Papa León XIII llegó tan lejos hasta declarar que "un pequeño número de potentados ha podido colocar sobre las productoras masas de los pobres trabajadores, un yugo apenas un poco mejor que la esclavitud misma." (Encyclical, "on the Condition of Labor.") Presentar a la Iglesia como el indiscutible sostenedor del Capitalismo, es hacer un insulto a su genio, a sus enseñanzas y tradiciones. Uno tras otro, los primitivos Padres de la Iglesia denunciaron el uso indebido de la riqueza, y proclamaron el derecho natural de todos los hombres para vivir de los frutos de la tierra, en términos tales, que se les acusó de comunismo. En verdad, como ha hecho observar el Abate Gasquet, la base tradicional de la propiedad, enseñada por la Iglesia, no es el indi-

vidualismo, sino el colectivismo Cristiano. ("Christian Democracy in Pre-Reformation Times," p. 8.)

Durante cerca de diez centurias la Iglesia se opuso a todos los impulsos y maquinaciones del Capitalismo de entonces, prohibiendo el interés sobre préstamos. Durante el periodo de su mayor influencia, la Edad-Media, los arreglos industriales que inspiró y puso en planta no fueron Capitalismo no tampoco sistema de salarios: fué un orden en que la gran mayoría de los trabajadores poseía virtualmente la tierra y los instrumentos con que trabajaba. (See Hilarie Belloc's "The Serville State").

Y si su predominio no hubiera sido interrumpido por los disturbios sociales y religiosos del siglo XVI, apenas habría razón para dudar de que esta amplia difusión de la propiedad productiva habría sido extendida y desarrollada indefinidamente. El sistema actual en el que unos cuantos poseen la inmensa mayoría de los medios de producción, mientras que los muchos sólo poseen algo más allá de su poder de trabajo, habría sido, humanamente hablando, imposible.

El Católico que conozca algo de historia económica y algo de los aspectos económicos de las enseñanzas Católicas, considerará el intento de atar a la Iglesia al carro del capitalismo plutocrático, como insolente y repulsivo.

"Todos sentimos—y los pocos de entre nosotros que hemos analizado el asunto, no sólo sentimos, sino sabemos—que la sociedad capitalista..... ha llegado a su término. Es casi evidente que no puede continuar en la forma que han conocido las últimas tres generaciones, e igualmente se evidencia que es necesario encontrar alguna solución para la creciente inestabili-

dad con que ha empozoñado nuestras vidas." (Belloc, op. cit. p. 77).

La solución,—lo creo sinceramente—será encontrada por los caminos que he trazado en el capítulo segundo. Las anormales condiciones de la vida y del trabajo deben ser abolidas; las excesivas ganancias del capital privilegiado deben hacerse imposibles; y es necesario encontrar los medios por los que la mayoría de los trabajadores lleguen a ser gradualmente propietarios, en parte al menos, de los instrumentos de producción.

EL ESTADO INDUSTRIAL SOCIALISTA

Es reveladora la admisión de Mr. Hillquit sobre que, si el procedimiento parece expeditivo, los Socialistas no se detendrán en escrúpulos morales para resolver la confiscación del capital. Es enteramente probable, sin embargo, que esta confesión no preste ayuda a la causa que representa.

Sin retirar los argumentos sobre los derechos de propiedad capitalista, deseo protestar enérgicamente sobre la mala interpretación de mi opositor en lo que se refiere a la prescripción. Nada he dicho sobre esta materia que justifique su hueca narración de los tres ladrones que adquieren títulos válidos de propiedad por el burdo método de cambiarse mutuamente sus productos individuales de pillaje! Nunca deje que el capital mal adquirido pudiera llegar a ser legítimo por medio de la prescripción, o por la posesión de "inocentes terceras partes". No he usado en absoluto, la última frase. Cuando hablé de "individuos inocentes" me referí tan sólo a aquellos que hubieran ya cumplido con

las condiciones de la prescripción. Esto se refiere, generalmente, a aquellos que de buena fé hayan estado en posesión del capital por tan largo tiempo, que los que indebidamente fueron poseedores originales, hayan desaparecido para siempre.

¿Pueden estar estos títulos tan fuera de razón? La negación de Mr. Hillquit de que el Socialismo no tomaría por medio de impuestos la totalidad de la renta económica de los pequeños y medianos lotes de terreno, puede o no colocarlo entre aquellos miembros del partido en América que, como insinúa Walling, están listos para trazar en todo en esta materia, con tal de ganar adeptos entre los agricultores. En todo caso, ésto lo coloca en oposición a todas las demás autoridades socialistas y a la proposición general y fundamental socialista de abolir la renta, las utilidades, el interés y en general los "no ganados" ingresos.

A la fundamental e insoluble objeción de que el Socialismo debe fracasar debido a su incapacidad para proveer substitutos adecuados a los dos más poderosos resortes del esfuerzo y la eficiencia, a saber, la esperanza del premio y el temor de la pérdida, la respuesta final de mi opositor es:—el Coronel Goethals. Espera que el Socialismo desenvuelva en "nuestro ejército industrial concepciones del deber y del honor" superiores a las que influyen a los oficiales de nuestro ejército militar.

En esta superficial analogía ha ignorado, o al menos se ha desentendido, de cuatro puntos importantes.

Primero, una crecida proporción de oficiales del Ejército que se han hecho cargo de empresas civiles, no han mostrado el mismo desinterés y la misma eficien-

cia que el constructor del Canal de Panamá. De entre ellos más de uno ha purgado condenas en las prisiones de los Estados Unidos por abuso de confianza y peculado.

Segundo, un régimen Socialista dispondría de muy pocos Canales de Panamá que suministran motivos de honor y fama notorios. La mayor parte de sus tareas directivas serán enteramente comunes e inotorias.

En tercer lugar, las "concepciones del deber y del honor" que poseen los jefes militares son el resultado de miles de años de disciplina y tradiciones. ¿O piensa mi opositor que el régimen socialista pudiera esperar largo tiempo para el desarrollo de cualidades similares en los Directores, Superintendentes y otros miembros de la burocracia que mandaran su "ejército industrial"?

Finalmente, parece olvidar mi opositor que el Corl. Goethals organizó y manejó las obras de construcción del Canal, sobre una base no democrática, sino militar. Todos los inteligentes opositores del Socialismo convienen con Schaeffle en su "Imposibilidad de la Democracia Social," que un régimen socialista tendría que operar, si fuese llevado a efecto, bajo principios militaristas. Al usar Mr. Hillquit la frase "Ejército industrial," ¿tiene en la mente tal clase de Socialismo?

Su aserción de que el salario del Coronel Goethals es "menor que el de muchos afortunados agentes comerciales" es algún tanto inadecuada. Mientras tuvo a su cargo la construcción del Canal, el Coronel Goethals recibió 15.000 dólares por año, suma considerablemente superior a su sueldo regular en el ejército, la que probablemente sirvió para reforzar los más altos motivos que indujeron su eficiente labor.

Esos más altos motivos, no parecen haber sido muy efectivos en las filas de los trabajadores. Después de muchos fracasados intentos para obtener operarios en condiciones ordinarias, y aún liberales la Comisión del Canal se vió compelida a pagar una tarifa de sueldos y salarios, de veinticinco a cien por ciento, más alta que la prevaleciente en empleos similares en los Estados Unidos, y aún añadió otros incentivos especiales, "hasta que fué implantado un sistema que contenía gratificaciones y dádivas que en número y valor exceden grandemente a cualquiera otra concesión obtenida por los trabajadores en parte alguna del mundo." ("The Panama Gatoway," by Joseph Buchlin Bishop, Secretary of the Isthmian Canal Comission, p. 263").

En conjunto, el ejemplo que mi opositor presenta del Coronel Goethals y del Canal de Panamá, ni es ni pertinente ni convincente.

El hecho definitivo en la controversia sobre la practicabilidad del Socialismo industrial, es que sus partidarios esperan que un simple mecanismo socio-industrial cree en el corazón humano sentimientos de honor, altruismo, y reconocimiento público, infinitamente mayores que lo que la experiencia nos demuestra. Y la sola base que sustenta su esperanza es una simple e irreflexiva fe.

Bajo el título de "Libertad Individual" mi opositor nos informa que el Socialismo no fijaría salarios y precios por medio de una "autoridad independiente y autoocrática." Nunca dije yo que lo haría. "Autoridades públicas" y "decretos legislativos" fueron las frases que usé, y Mr. Hillquit aparentemente conviene conmigo en ello, pues que él mismo emplea la última frase al describir el método que se adoptaría para fijar salarios y precios.

Muy al principio de su argumentación parecía haberse colocado en el terreno de que los trabajadores en cada industria pudieran, por medio de sus representantes, regular salarios y precios en cada empresa! Aparentemente vaciló su fé en la perfección de los trabajadores, cuando consideró la posibilidad de que diversos grupos industriales se empeñaron en un gran esfuerzo competitivo, para resolver cual se otorgaba los más altos salarios y fijaba a sus vecinos los precios mayores.

Su aserción de que la legislatura general regularía los precios y salarios "considerando debidamente los intereses del consumidor y los del trabajador," es, de seguro, simple fé y escruta profecía. No destruye en absoluto mi crítica de que el ciudadano se vería privado de la libertad de elección de que en la actualidad disfruta, lo mismo como productor que como consumidor; que los salarios que percibiría y los precios que pagaría, y su vida económica entera, serían fijados, regulados y determinados por una simple autoridad económica, la legislatura nacional en industrias nacionales, y la legislatura municipal en aquellas industrias manejadas por el municipio.

LA FILOSOFIA DEL SOCIALISMO.

El Socialista convencido permanece algún tanto indiferente ante las objeciones hechas sobre la practicabilidad de su programa económico. Y es que su creencia en ello no depende de consideraciones extraídas de hechos concretos o de la experiencia. Se basa en una teoría de evolución social que le asegura que es el sistema inevitable, y en consecuencia, que debe tener éxito

Y el Socialista llama "científico" a este proceso de inferencia. Recordemos, brevemente el argumento:—

En la forma que Marx vió la cuestión, las fuerzas de la evolución económica estaban, seguramente, dando lugar a una estrecha concentración de la riqueza y el capital, a la eliminación de las clases medias y al empobrecimiento, cada vez más profundo, de los asalariados. Conforme a los hechos que hemos visto realizarse, la riqueza se ha difundido más ampliamente, el capital se ha concentrado sólo en los manufactureros, las clases medias han crecido más rápidamente que la población y la condición de los asalariados es mucho mejor que lo era cuando Marx expresó su desalentadora profecía.

Su predicción de una desesperada lucha de clases que se resolvería en el Socialismo, se basó tanto en una teoría filosófica como en una errada interpretación de tendencias y hechos económicos. Tomó de Hegel la teoría de que la fuerza propulsora de todo desarrollo es el antagonismo, y que todo progreso se verifica a través de un conflicto de elementos contradictorios resuelto en su reconciliación en una síntesis más alta. Aplicando esta presunción al campo económico, llegó a la conclusión de que los hechos contradictorios de la producción *social* y de la propiedad *privada* de los medios de producción, deben encontrar su reconciliación y solución en la producción social y la propiedad colectiva.

Aún aquellos Socialistas que saben que la profecía de Marx no se ha realizado, continúan usando su método incientífico. La grieta que, por carencia de hechos concretos, existe en su argumento, pretenden llevarla con una teoría profética. El limitado antagonismo de intereses que Mr. Hillquit encuentra entre los capitalistas y los trabajadores, lo convierte in continenti

en un conflicto de clases que tiende inevitablemente a eliminar al capitalista. Ignora el hecho elemental que el antagonismo de intereses es creado, en todo grupo cuando dos o más hombres, desean un bien que está limitado en cantidad. Aun bajo el Socialismo, el consumidor de una mercancía desearía obtenerla tan barata como fuera posible, mientras que los productores se esforzarían en alcanzar un precio que les reportara la mayor remuneración.

Lo que en absoluto no hace Mr. Hillquit, y lo que debe hacer antes de considerar científico a su procedimiento, es probar que la diferencia de intereses entre el capital y el trabajo es de tal naturaleza que no se puede satisfactoriamente llegar a un advenimiento por otro método que no sea el Socialismo.

Como más arriba dejo indicado, la ciega fé del Socialista en el pretendido proceso de evolución materialista, lo hace relativamente indiferente al análisis exacto, a la debida inferencia, y a las lecciones de la experiencia. Irreflexivamente, exagera los males industriales; de insignificantes inducciones, generaliza desmedidamente, y con la mayor facilidad hace a un lado las más formidables dificultades. Y su fé se ve grandemente reforzada por su temperamento emocional. En el proceso psíquico del ordinario Socialista, el sitio de la razón se ve en gran parte usurpado por el sentimiento. De allí que sea muy dudoso determinar si el individuo cuya constitución mental le permite aceptar plenamente la filosofía socialista, ha sido sacado de su error por simples consideraciones extraídas de los hechos.

EL SOCIALISMO Y LA MORAL.

La teoría de que la ley moral es esencialmente va-

riable, que no estriba más que en los diferentes códigos morales adoptados por las diversas clases en diferentes épocas, es, sin duda, destructiva de las convicciones estrictamente *morales*, y es también incompatible con una clara conciencia de las verdaderas *obligaciones* morales. Un código que no tenga más sólida base, ni más alta sanción, ni carácter más permanente que las nociones variables de los hombres, no puede ejercer el necesario influjo sobre la conciencia. Si la ley moral no fuese ordenada por Dios, o no fuese al menos el imperativo categórico de la razón, ¿cómo podría engendrar en los hombres concepciones del deber? De allí que el principio general de la ética socialista tienda a la anarquía moral. Llega a la conclusión de que no existe ninguna ley moral más allá de nuestros propios deseos y caprichos.

La doctrina de que los actos puramente individuales no se gobiernen por la ley moral, implica necesariamente como lo he demostrado, que el individuo no tiene ni estimación moral ni deberes morales para sí mismo; que sus facultades racionales no son intrínsecamente superiores a sus facultades sensoriales; que un hombre no tiene para sí mismo más deberes que los que tiene un cerdo; y que una vida de la más degradante abyección personal, es tan razonable y tan laudable como una vida de las más nobles actividades intelectuales y morales.

La única respuesta de Mr. Hillquit a este razonamiento fué que puede uno tener en igual estima las funciones físicas y las intelectuales, sin valorizar los abusos de las primeras tan ercidamente como los usos propios y normales de las últimas.

Esto es simple dialéctica. ¿De qué modo puede distinguir los "usos normales" de los "abusos"? No

por medio de una prueba moral, pues que niega que los actos puramente individualmente tengan cualidad moral. Tampoco apelando a la razón; pues que si las facultades físicas y racionales son igualmente valiosas, igualmente importantes, e igualmente autorizadas, el individuo puede razonablemente decidir por sí mismo hasta qué grado puede ejercitar cualquiera de ellas. Desde luego que las facultades racionales no tienen mayor valor intrínseco que las facultades físicas, no puede haber mayor razón en criticar a un hombre que descuide el desarrollo de las primeras, que si rehusa cultivar las capacidades de un perro o de un caballo. El uso degradante de las facultades físicas puede llamarse razonablemente *abuso* sólo en la teoría de que son intrínsecamente inferiores, y moralmente subordinadas, a las facultades racionales; y consideradas como instrumentos para el bienestar de una personalidad moralmente sagrada.

De allí que sea mi opositor mismo quien lleva a cabo la "lógica voltereta" en este punto; del mismo modo que lo hizo cuando expuso la inferencia sobre que, porque los hombres han cometido graves errores en la aplicación de la invariable ley moral, esa ley no existe; y cuando habló de un ideal ético siempre progresivo, y rechazó la única medida posible del progreso—una permanente ley moral. Olvidó que los hombres han cometido los mismos grandes errores al aplicar las leyes de la medicina, de la educación, de la jurisprudencia, y de otras ciencias prácticas; y olvidó también que el simple lapso de tiempo no es una norma suficientemente autorizada para garantizar la conclusión de que los ideales éticos de nuestros días serán más altos que los de los Vándalos.

EL MATRIMONIO BAJO EL SOCIALISMO

Argumenta mi opositor que las uniones de los sexos terminables a voluntad de cada parte (pues que sólo perdurarán mientras perdure su única base, el amor mutuo) pueden propiamente llamarse monogamas. Creo que está en un error, pero no vamos a reñir por definiciones. La *institución* que él defiende es lo único importante.

Mi argumentación de que sus "uniones de amor" perdurarían mucho menor tiempo que lo que por término medio perdura en la actualidad el matrimonio, hizo que mi opositor expresara una aserción más o menos autorizada, concerniente al alarmante número de divorcios en los Estados Unidos. Por cuanto que la gran mayoría de nuestros divorcios ocurren entre las clases superior y media, en las que la mujer no se vé obligada a casarse para obtener su subsistencia, sino que posee oportunidades de "independencia económica" al menos en forma igual a lo que prevalecería bajo el Socialismo, los hechos, evidentemente, refutan más bien que apoyan la opinión de mi opositor sobre que los matrimonios basados tan sólo en el amor "perdurarían de por vida en radiante pureza en mucho mayor número de casos que en la actualidad."

Que los adultos en proporción tan crecida permanezcan solteros, es un estado de cosas que deploro y condeno tan enérgicamente como lo hace Mr. Hillquit. Sin embargo, ni este hecho, ni la persistencia de relaciones sexuales ilícitas, aclaran nada con respecto a la cuestión de la durabilidad de las "uniones de amor", ni ofrecen probabilidad alguna de que las condiciones conyugales sean mejores bajo el Socialismo. Hasta donde

estos males sean originados por causas económicas, pueden éstas ser eliminadas por medidas de reforma social; hasta donde se deban a falta de educación y convicciones morales y religiosas—y es ésta la causa principal—no pueden esos males ser removidos por ningún simple cambio en los arreglos industriales. Afirmar lo contrario es una simple profecía.

Puramente profética es también la candorosa aserción de mi opositor de que todas las características que son física o moralmente deprimentes para la mujer, cesarían de algún modo bajo el Socialismo. La mayor parte de estas deprimentes condiciones son inherentes a la propia naturaleza de las operaciones industriales. No son removibles por medio de la legislación.

En su interpretación de las presunciones que sostienen mi argumentación en lo concerniente a las relaciones económicas de la mujer, mi opositor no está en lo justo. Yo no presumo que "todas las mujeres sean casadas," sino que una gran mayoría de ellas debe serlo. No presumo que "todas las mujeres casadas tengan hijos", sino que, con muy raras excepciones, todas ellas deben tenerlos. No presumo que "todas las mujeres casadas tengan hijos y los alimenten por sí mismas todo el tiempo", sino que prácticamente todas las mujeres casadas necesitan normalmente tanto tiempo para atender, alimentar y educar a sus hijos, que no pueden ganarse una subsistencia fuera del hogar. En proporción al grado en que una sociedad deja de conformarse a estas presunciones fundamentales, es el hecho moralmente ofensivo para la mujer misma, para la familia y para la raza. Las personas que honradamente nieguen esta aserción, deben tener una mira superficial y estrecha de la naturaleza y de la experiencia humanas.

Mr. Hillquit rehusa declarar si los Socialistas recurrirían a los actos de violencia si estos fuesen considerados expeditivos. En éste uno de los casos en que "el que calla otorga". Si los Socialistas considerasen tal conducta como moralmente mala, se complacerían en proclamar el hecho; pero desde luego que no la consideran moralmente mala, de seguro que llegarían a emplearla al creerlo conveniente. Sin duda La Monte expresa exactamente la actitud de todos los Socialistas, cuando dice que "reconocen y aplauden como moral toda acción que tienda a violentar la resolución Social."

LA MORAL EN CONTRA DEL CRITERIO SOCIAL EXPEDITIVO

Parece que mi opositor pensaba obtener una gran victoria, al citar mi aserción: "En cuestión de instituciones sociales, el valor moral y la genuina expedición son a la larga idénticos." Aparentemente consideró mi opositor esta aserción como equivalente a la de que todo lo que sea socialmente expeditivo en cualquier tiempo es moralmente bueno.

Mi opositor se equivocó. Mi aserción estaba restringida a las instituciones sociales y a los sistemas sociales. Debía haber escrito "económicos" en vez de "sociales", pues que tuve en la mente tan sólo las instituciones sociales que son económicas. Mi aserción no abarca todo el campo de la expedición. No incluí todas las acciones sociales expeditivas. Mientras que abogo por ciertas reformas sociales que son al mismo tiempo expeditivas y justas, rechazo incondicionalmente ciertos medios de alcanzarlas que condicionalmente aprueba John Spargo: "prender fuego a algunos edificios, y ejecutar sumariamente a algunos miembros de la clase poseedora."

Condeno estos actos porque creo que el individuo tiene ciertos derechos indestructibles. Mr. Hillquit y Mr. Spargo, y los Socialistas en lo general, no admiten que el individuo tenga derecho alguno en contra del organismo social, el Estado.

Señalaremos la diferencia entre nosotros en otros términos más generales: En caso de conflicto o de aparente conflicto entre los dos, yo sujeto la expedición social a la prueba de la moral, mientras que mi opositor sujeta la moral a la prueba de la expedición social. La diferencia es fundamental y trascendente.

Debido al carácter pernicioso del principio general y a las tres peculiares doctrinas de la ética socialista, su ideal, en la forma expuesta por mi opositor, esto es, la felicidad y el bienestar de la comunidad y de todos los individuales componentes, descansa sobre muy precarios fundamentales. Cuando la ley moral llega a ser simplemente un convencionalismo social, y carece del concepto de la obligación moral; cuando la más degradante conducta individual se coloca más allá del alcance de una reprobación o condenación moral; cuando las relaciones maritales se conciertan sobre la base del egoísmo y de la pasión temporal; y cuando el Estado llega a ser el árbitro supremo del bien y el mal, de la justicia y la injusticia,—no es de esperarse que los ideales morales mencionados, sean muy general y profundamente cultivados.

EL SOCIALISMO Y LA RELIGION.

En su réplica al cargo de que el movimiento socialista es antagónico a la religión, admitió Mr. Hillquit que las relaciones entre el ordinario Socialista y la Igle-

sia, son "algún tanto tirantes", y que la "mayoría de los socialistas encuentran difícil, si no imposible, reconciliar sus generales opiniones filosóficas con las doctrinas y prácticas de los credos religiosos dogmáticos." Rehusó también mi opositor aceptar la sugestión de que el Socialismo debe purgarse de sus elementos antirreligiosos, eliminando sus enseñanzas sobre filosofía, moral y religión. Concede en substancia, por tanto, que el Socialismo, como un movimiento viviente y como un sistema filosófico, es fundamental y necesariamente incompatible con todo credo religioso definido, ya sea Catolicismo, Protestantismo o Judaísmo.

La primera parte de la réplica de mi opositor sobre esta materia es innecesaria; la segunda, injustificada. En mi réplica había yo indicado que el lenguaje del padre Derve no podía tomarse como una aceptación del determinismo económico, por la sencilla razón de que no considera a los factores económicos como los definitivos determinantes de todos los cambios sociales. En vez de salir francamente al encuentro de este punto, Mr. Hillquit se aventura en el campo de la teología Católica, e inquiera por qué la teoría del determinismo económico no podría ser considerada propiamente por un Católico, como "la regla por la que Dios dirige el curso del progreso social."

La simple y obvia respuesta es que el Católico considera que Dios hizo el universo dualista, no monoista. El mundo no es enteramente material. Incluye almas humanas, y estas son, original e independientemente, fuentes de energía. Ellas influyen los cambios y las condiciones sociales, no como causas instrumentales y secundarias reflejando la energía de las fuerzas materiales, sino como causas primordiales y originales. Ni el

Católico, ni ningún otro creyente en el alma humana, puede aceptar el determinismo económico, que, en la forma expuesta por todos los Socialistas ortodoxos desde Engels hasta Hillquit, atribuye todas las causales sociales a factores económicos y materiales "en última instancia." (Engels.)

Mi opositor arguye que la armonía entre la religión y la ciencia no puede probarse por los ejemplos determinados de hombres de ciencia que han sido creyentes. Nunca dije lo contrario. Demostré, en primer lugar, que entre la ciencia y la religión no puede haber propiamente ningún antagonismo, desde luego que ellas operan en muy distintas esferas de la realidad; y, en segundo lugar, que los grandes hombres de ciencia, en gran mayoría, han sido creyentes religiosos. Aparentemente, Mr. Hillquit no se ocupó en discutir la primera asección. En vez de intentar refutar la segunda, se salió por la tangente, y declaró que no es posible que haya armonía, mientras la Iglesia se oponga a la ciencia!

- Su argumentación original fué de que la ciencia y los hombres de ciencias eran antagonicos a la religión. Afirmó que la irreligión del Socialista no es ni mayor ni menor que la irreligión de "todo individuo ilustrado que haya sido educado en los métodos del pensamiento contemporáneo, y que acepte las conclusiones de la ciencia moderna". Necesitaba buscar a los Socialistas buena compañía. En su contrarréplica abandonó el intento, quitando de los hombros de sus camaradas el manto de la ciencia.

Aunque su asección referente a la actitud de la Iglesia para la ciencia es inadecuada al presente debate, no puedo dejarla pasar sin una breve refutación.

En primer lugar, ni mi opositor ni nadie puede probar que la Iglesia Católica haya nunca condenado, oficial o semioficialmente, un principio o una conclusión de la ciencia, que haya pasado de la esfera de la hipótesis a la del hecho establecido.

En segundo lugar, la exposición de los acontecimientos históricos que cita, resulta burdamente engañosa. Copérnico difirió la publicación de sus descubrimientos por temor, no de la "persecución teológica", sino de la persecución de los "matemáticos", esto es, de los filósofos de su tiempo. Que es ésta la verdadera explicación, lo sabemos por la carta en que dedicó su obra al Papa Pablo III. Ni este Papa ni ninguno de los que le sucedieron en el curso de los veintidós años siguientes, se inmiscuyó en lo más mínimo en la discusión y difusión de las teorías de Copérnico.

Galileo encontró la oposición de las autoridades de Roma, solamente cuando dejó de exponer la teoría heliocéntrica como una hipótesis científica, e insistió en proclamarla dogmáticamente como un hecho establecido, interpretado de las Escrituras. En otras palabras, tuvo dificultades porque fué demasiado impulsivo, y porque se salió de su esfera como hombre de ciencia. Tomás Enrique Huxley, que apenas puede ser acusado de prejuicios pro-religiosos, escribió a St. George Mivart en noviembre 12 de 1885 como sigue:

"Consagré alguna atención al caso de Galileo cuando estuve en Italia, y llegué a la conclusión de que el Papa y el Colegio de Cardenales procedieron lo mejor posible."

No es exacto decir que el Papa Pío IX condenó la teoría Darwiniana como una "aberración herética." En primer lugar, nunca usó esa expresión oficialmente; en

segundo lugar, su crítica informal (en una carta a un médico francés), se refería, principalmente, a la negación del Creador.

El Darwinismo original excluía a Dios del universo; consideraba que el alma humana emanaba de la materia y que el cosmos entero era el producto del cambio a través de la selección natural y de la supervivencia del más apto. Aparentemente, Mr. Hillquit presume que este desacreditado sistema de especulación filosófica, es idéntico a la teoría científica de la evolución. Parece ignorar que, con excepción de pocos materialistas como Haeckel, los actuales hombres de ciencia rechazan los elementos filosóficos del Darwinismo original.

Las otras aserciones históricas de mi opositor son casi tan inadecuadas como las tres que acabo de criticar. En verdad que la historia socialista no es más digna de confianza que la economía socialista, o que la ciencia socialista. Es anticuada, inexacta y confusa. Se basa, no en los hechos ni en autoridades primordiales, sino en prejuicios y en testimonios de sus popularizadores. Mr. Hillquit ha tomado las perversiones históricas que nos presenta, del libro "La Guerra entre la Ciencia y la Teología" de Andrew D. White. A pesar de su carácter pretencioso y de su abundancia en referencias y notas, esta obra es extremadamente engañosa. Es fundamentalmente incientífica, porque su espíritu, como se percibe en todas sus páginas, no se inspira en la verdad, sino en prejuicios antirreligiosos.

Uno o dos ejemplos darán alguna noción del poco crédito que merece. El Dr. White afirma (y en esto le sigue Mr. Hillquit) que Giordano Bruno fué atado a un poste y quemado, por haber propagado las teorías de Copérnico; pero las actuaciones de su juicio de-

muestran que fué ejecutado en razón de sus peculiares opiniones teológicas. Había sido previamente excomulgado por los Calvinistas y los Luteranos. La relación expuesta por el Dr. White acerca de la actitud de la Iglesia sobre la adjudicación del interés y sus consecuencias, parecerá apenas un poco mejor que una caricatura, a aquellos que conozcan las autorizadas obras de historiadores de economía, tales como los Profesores Ashley y Cunningham.

Hay, sin embargo, una aserción excepcional en la contrarréplica de Mr. Hillquit. Dice que "existe escasa posibilidad de un sincero entendimiento y una cooperación activa entre el movimiento Socialista y la Iglesia Católica, mientras sigan siendo lo que son." ¿Qué otra cosa podría esperar un pensador ilustrado? Por una parte, los Socialistas no rechazarán esas doctrinas filosóficas, morales y religiosas que hacen de su sistema algo mas vasto que una teoría y un programa económicos. Por otra parte, la Iglesia Católica se dá cuenta claramente de la presencia, la extensión y el carácter pernicioso de esos elementos no-económicos del sistema y del movimiento Socialista. Como guardián de la fé y la moral, está en su deber oponerse incesantemente a una organización que propaga tales doctrinas destructoras y falsas.

FIN.

ERRATAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
7	22	hechas	luchas
9	35	de economías	de la economía.
11	3	mas	mías
12	16	Engels a las	Engels o las
12	26	consideramos	consideraremos
22	19	sobre	por
24	29	solamente	solemnemente
32	16	que lo han	que lo que han
33	5	menos bajo	menos malas bajo
35	1	fatalidad	futilidad
38	25	que lo son	que son
40	26	ni justificado	ni está justificado
45	3	y amenaza	ya amenaza
46	11	invocables	invocadas
52	20	permitirán	permitían
56	6	basta	hasta
59	32	contrario a otros	contrario a los
60	5	adoptado	adaptado
62	2	ocasionalmente	ocasionalmente
63	11	rápidamente	rápida
69	4	muy comparada	muy débil comparado
16	16	ayudaría	ayudará
78	1	basto	vasto
78	3	en que	que en
81	3	doctrina ha sido sometida	doctrina, sostenida
82	30	adquirida	alquilada
98	35	totalmente del	totalmente distinta del
99	2	manufacturera	manufacturada
102	21	dirigían	dirigieran
102	26	experimentadas	experimentales
104	6	estrechamente con los	estrechamente ligados con los

106	5	productos	productoras
108	6	parece preciso	parece más preciso
111	21	significa	simplifica
112	24	a su tratado	a ser trazada
114	16	importante	inimportante
119	7	comprehensivas	comprehensivas
125	19	hecho	lecho
130	24	comprendía	compendia
131	4	regalar	relegar
141	21	que tener	que es preferible tener
145	13	sola forma	sola reforma
145	33	tesis en que la acer- sion	tesis es que la asercion
155	27	tacto	acto
158	28	seguro tan ardiem- temente	seguro ardentemente
169	8	absorbente	absorber
183	31	coneccion	correccion
186	25	capital	capitalista
188	17	deducciones, deriva- ciones, derivadas	deducciones derivadas
189	27	actualidad otorgado	actualidad es otorgado
190	5	por sino	por amor, sino
193	26	ética	ésta
202	32	acervo	acerbo
208	85	indiferente	diferente
209	13	evitarán también	evitarán también discutir las
209	18	hechas	luchas
210	18	clásica	elástica
213	11	socialismo	socialistas
215	21	diré debido a	debido a
215	23	que creció	ésta creció
221	25	tribuna	tribune
223	3	aprehensiones	aprensiones
227	26	"basta"	"Vasta"
228	9	ciencia sólomente	ciencia conoce solamente
231	24	aprehensiones	aprensiones
237	17	darwin	darwin
241	16	privada en los	privada y de los
257	18	complacerá	complacera
262	13	Gatoway	Gateway
267	2	individualmente	Individuales
267	32	serán	sean
271	17	fundamentales	fundamentos

